

si ninguno miraba. Cada uno de aquellos mil se-
tecientos átomos vivientes tenía dentro de sí
una esperanza, ó un temor, ó un remordimiento,
en comparación del cual todos aquellos millones
de mundos les importaba lo que una nubecilla
de polvo levantada de la tierra con el pie.

A proa, con efecto, se oía un murmullo viví-
simo de conversaciones; pero mas recogido y
más igual que las otras noches; nada de can-
ciones ni de gritos: se comprendía que todos ha-
blaban de intereses, de obligaciones, de cosas
sérias. En el momento de la separación de las
mujeres de los hombres, se oyeron las «bue-
nas noches» llenas de alusiones, y cien voces
vibrantes:—¡Hasta mañana, pues!—Es la úl-
tima noche!—¡Mañana en tierra!—Dentro de
veinticuatro horas en América! Y estaban ya
debajo hacía gran rato, cuando todavía desde la
escalera de los dormitorios subía un murmullo
sonoro y como la respiración de una muche-
dumbre conmovida. Era el flujo de un mar de
almas al acercarse á un mundo.



XIX

AMERICA

 ¡Qué agradable despertar! Aquellas pala-
bras de «hoy sentiremos la tierra bajo
nuestros plantas», en las cuales se expresaba el
pensamiento de todos, eran para nosotros como
un sonido y una fuerza nuevos, y se experi-
mentaba al repetirlas cierta especie de placer fí-
sico, como el que se siente apretando el bra-
zo alrededor de una columna de granito. Ade-
más de otras razones, se deseaba con impacien-
cia el llegar también, por la razón de que al
final de una larga navegación se está cansado,
irritado hasta el punto de no poder más con aque-
lla perpetua danza de líneas, con aquella conti-
nua abreviatura, con aquel plegarse y retorcerse
obligados siempre á percibir la angustia de todos
y de aquel eterno olor de salazón, de alquitrán

y de madera. ¡Qué alegría será la de volver á ver las calles, sentir el aura del campo y recogerse entre cuatro muros verticales no sintiendo de la casa que nos acoge más que un latido de vida propia de la cual depende la nuestra!

Precisamente se había pasado de noche cerrada por delante de las islas Canarias y las de Cabo Verde, y por la misma razón no se había visto tampoco aquella pequeña isla de Fernando de Noronha, del Brasil, que deseaban todos distinguir por ver rota, al menos un momento, la monotonía de aquel interminable mar. ¡Ni un palmo de tierra desde el estrecho en adelante, en dieciocho días. Me parecía que si hubiera tenido un poco de tierra entre las manos, lo habría revuelto y adorado con placer como un fruto prohibido.

Al fin, dentro de pocas horas íbamos á tener para saciarnos: dos pedazos de treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados en forma de dos magníficas peras alargadas equivalentes cada una á unas setenta Italias.

*
* *

Como quiera que se creía llegar á Montevideo en pleno día, desde la madrugada hasta el

alba, comenzó entre los emigrantes un trabajo de limpieza general, apresurado y rudo, que quería salvar en lo posible el decoro nacional, no presentándose en América con el aspecto de pordioseros sucios y selváticos. El agua dulce habíase distribuído con profusión por ser el último día, y era una lavadura furiosa, como de una multitud de cavadores salidos de una mina de carbón, un zambullirse de cabezas en las jofainas, una música de alientos y resoplidos y un regado de agua por todos lados, que parecía como si lloviese. Muchos apretaban vigorosamente el peine atravesando florestas capilares que habían quedado vírgenes desde la misma Génova; otros con los pies descalzos se limpiaban los zapatos á salivajo limpio y con trapos viejos, quien cepillaba, quien sacudía, quien pasaba revista á sus ropas desplegadas y raídas.

El barbero véneto, imitador de los perros, había abierto tienda al aire libre, cerca de la obra muerta de la izquierda, donde los que iban á ser descortezados, sentados en larga fila como los turcos en la plaza de Stambul, esperaban su turno, rascándose las mejillas á dos manos y burlándose entre sí. Veíanse blanquear á centenares cuellos y brazos desnudos de niños descamisados y de mujeres en basquiña. Algunas se peinaban recíprocamente ó despoblaban la cabeza á los muchachos; otras remendaban con

furia chaquetas y pantalones, ó vaciaban sacos y maletas usadas en busca de paños nuevos ó de ropa blanca, y en aquella alegría que hacía revivir la cordialidad, las familias se prestaban mil pequeños servicios con grandes expresiones mutuas de insistencia y de gratitud en voz alta. Un estremecimiento de vida juvenil corría por todas partes.

Y por encima del murmullo vivo de la muchedumbre se oían de vez en cuando los gritos de: —¡Viva América!— ó de trinos agudos en falsete, como hace la gente del pueblo de la alta Italia al concluir el verso de cada canción. En el desayuno, alegrado por un sonido de flautas y de zampoñas, se hizo una distribución extraordinaria de galleta, de la que todos se llenaron los bolsillos, y se sirvió con profusión rom y aguardiente como las cantineras de los regimientos hacen el día de la batalla. Después de esto, todos los pasajeros apoyados en el parapeto ó sentados, se volvieron hacia occidente para esperar la aparición del Nuevo Mundo.

*
* *

Pero las horas pasaban y la tierra no aparecía. El cielo estaba cuajado de nubes, pero el

horizonte desembarazado, y el mar presentaba siempre su línea azul clarísima sin una sombra de tierra prometida. Pasado el medio día los pasajeros comenzaron á dar señales de cansancio. Aquella gente que había tenido tanta paciencia por tres semanas, no le quedaba más de una migaja para las últimas horas. Y muchos se desesperaban y se lamentaban... ¿Cómo no se veía nada? Los marinos habían pues equivocado los cálculos. La tierra *se habría debido ver ya*. De aquí en adelante... no llegaremos en todo el día. Dios sabe cuándo se llegará.—¡Buques italianos!—estaba dicho todo: gracias que se llegase dentro del año.

Y hacían alusiones malignas cuando pasaba un marino, mirándolo con mal ojo. Muchos, por el contrario, afectando no creer que se llegaba nunca, se encojían de hombros y volvían la espalda al mar, fingiendo ocuparse de otra cosa. Pero cada vez que el oficial de guardia, que estaba en el puente, miraba con el anteojo, fijaban todos sus ojos sobre él, con gran silencio: y no comenzaba el murmullo sino cuando se perdía toda esperanza por el acto de indiferencia con que él bajaba el instrumento. Él, sin embargo, no se movía de la extremidad de la terraza: lo que hacía creer que esperase de un momento á otro ver alguna cosa. El labrador de la nariz truncada, porfiado en ser el primero en anun-

ciar la América, estaba derecho en mitad de la escala del puente, dispuesto á coger al vuelo el primer movimiento del marino, para lanzar el grito; y á cada movimiento del antejo, hacía con la mano, dirigiéndose á la multitud un gesto magestuosamente bufo, como el de un tribuno que imponga silencio á las masas en el momento supremo.

A popa, entretanto, todos esperaban también, las señoras sentadas, vueltas á occidente; los hombres excitados, haciendo lazos para el castillo. La señorita de Mestre estaba en el sitio de siempre, entre el garibaldino y su tía, más pálida de semblante, y más caída que otros días; pero no más triste: antes bien con mayor fuego y viveza en sus ojos, tal como no lo había visto hasta entonces, y con expresión tan extraordinaria de bondad, que parecía una belleza nueva que le había sobrevenido, después del vómito de sangre. Por primera vez se hallaba vestida toda de negro, y la claridad diáfana de sus carnes tomaba con aquel traje un relieve que daba espanto: como si una cara viva saliese de debajo de un paño mortuorio. Ella y su tía tenían sobre las rodillas cartas y pequeños envoltorios de telas, liando los picos de papel con la punta de los dedos. Estaban también la madre de la pianista y la señora gruesa, sentadas á la extremidad opuesta del castillo; la primera con

su acostumbrada cara de histérica, enseñando magúffeos dientes con una expresión de ferocidad recrudecida; la otra con su caraza benigna, retocada de beatitud alcohólica, como si lo hubiera olvidado todo.

Todas las demás señoras daban con sus vestidos claros, una mancha de colores alegres como larga fila de banderas marinas desplegadas en señal de fiesta. Pero aun aquí se comenzaba á manifestar impaciencia; los pies golpeaban el pavimento, las manos atormentaban los abanicos, las cabezas se agitaban, las conversaciones iban tomando un tinte verduceo, y aunque no se decía contra el capitán las picantes tonterías de los emigrantes, se pensaban, y saltaban á la vista en las pupilas de todos.

*
*
*

A una cierta hora la señorita se levantó, apoyándose en el brazo de su tía, y las dos, con sus envoltorios se dirigieron hácia la tercera clase. Sobre la plazoletila se unió á ellas la camarera véneta, que las esperaba, sujetando entre los brazos otras cosas. Siendo aquella la última visita que hacían á proa, curioso por observar, atrevesó por el pasadizo de segunda

clase, y cruzando por el castillo central, me coloqué sobre el puente de mando.

Quizá había elegido aquella hora para ser menos vista, teniendo los pasajeros puesta su atención en el horizonte. Desde el entrepuente pude seguir todos sus movimientos por entre la multitud, quedando maravillado de la gente que conocía, y á cuántos había socorrido en tan pocos días.

Puso en manos del campesino enfermo de fiebre y en las de su mujer el fruto de la colecta; dió sopa á otra familia que estaba cerca del palo trinquete; á otros ofreció tarjetas y cartas; luego se aproximó á la muchacha genovesa, y no ví bien porque se arremolinó la gente, pero me pareció ver que le ponía un anillo en un dedo. Los muchachuelos corrían á encontrarla; una manada de los más chiquititos la seguían; ella les acariciaba sus cabecitas y les regalaba dulces ó monedas de cobre. Fué á visitar á la familia de Mestre, y besó al pequeño Galileo. Varios hombres se le acercaron con el sombrero en la mano, y estuvieron hablando con ella un momento, como si le pidiesen consejo. Aquí y allá iba dando apretones de manos, como si se despidiera.

Su carilla blanca y sus cabellos de muerta se perdían entre las gentes; luego reaparecían de nuevo; se escondió en la sombra que proyecta-

ba el castillo de proa; reapareció á poco; desapareció por la escalera de la enfermería; volvió á verla junto al torno y cabrión en medio de un grupo de mujeres que le presentaban los niños de pecho para que los tocase.

Por donde pasaba, las caras que reían recomponíanse; los que alborotaban bajaban la voz; todos dejaban el paso libre y volvían la cabeza. Su rostro mostraba un mortal cansancio, pero siempre con aquella especial sonrisa, un temblor luminoso en sus ojos velados y en sus labios de muerta, en el cual parecía que se hubiese condensado toda la vida, como el último resplandor del sol sobre una rosa blanca ya encorvada hacia tierra. Cuando llegó al pasadizo cubierto para volverse hacia la popa, se detuvo un momento y respiró, oprimiéndose el pecho con una mano. Allí acudió la campesina de Mestre, que le besó la manga del vestido y echó á correr. Ella siguió su camino lentamente.

*
* *

¡Y la tierra aún no despuntaba! Por mi parte, ya no tenía impaciencia alguna. Estaba irritado conmigo mismo porque, después de suspirar tanto por la llegada, la inminencia del su-

ceso no me producía emoción alguna. Era otro fenómeno moral semejante al que en los primeros días de viaje había experimentado ante el mar Amarillo; una especie de síncope del sentimiento de la curiosidad y del placer. Como si no me quedase ni uno solo de los mil ardientes deseos con que había salido, el pensamiento de la tierra nueva no me producía más que un sentimiento de enojo, acompañado de la preocupación mezquina de los fastidios del desembarque y de la molestia de una gran picazón de garganta que me había dejado un mal cigarro. Y me encocoraba la agitación de los demás—¡necios!—que parecían ansiosos de volver á las fatigas y afanes de todos los días, como si las tres semanas de navegación que habían transcurrido no hubiesen sido para todos uno de los períodos menos tristes de la vida. Tanto, que por no verlo fui á sentarme al cuarto del comisario, y allí me estuve largo rato leyendo un número atrasado del *Caffaro*, maldiciendo entre columna y columna los libros, las relaciones de viajes, las estampas y las conferencias que nos familiarizan con los países más remotos y nos envían á verlos con la mente llena ya hasta la saciedad de su imagen, incapacitados para toda fuerte impresión. ¡Dios mío, así es! Debería avergonzarme de confesarlo: á pocas millas del continente americano, me atormen-

taba el cerebro resolviendo una charada del periódico genovés, de la cual no podía atrapar la *segunda*.

«La *segunda* está siempre en movimiento»; y recorría con el pensamiento todos los reinos de la Naturaleza para rastrear aquel secreto, mientras el marinero de la joroba, completamente indiferente también por América, limpiaba la manecilla de latón de la puerta, tarareando una cancioncilla ligur:

Gh' cã na votta na bella figgia

con voz rasposa y nasal que me daba sueño.

De pronto deja de cantar: su atención parecía atraída repentinamente á otra parte; entonces oí como si saliera del entrepuente un fuertísimo grito largo, interminable, lastimero:

—¡América!

Un frío penetrante corrió por mis venas. Fué como el anuncio de un gran suceso inesperado, la visión inmensa y confusa de un mundo, que removió en un punto la curiosidad, la maravilla, el entusiasmo, el placer, y me hizo ponerme en pie de un salto, subiéndome precipitadamente una oleada de sangre á la cabeza.

Mil voces unidas en un sólo grito, contestó al primero, y al mismo tiempo el vapor se inclinó fuertemente sobre la derecha bajo el peso de la multitud que acudía.

Corrí sobre el castillo, busqué en el horizonte... Durante un rato no ví nada. Luego, aguzando la vista, distinguí una lista rojiza que se perdía á derecha é izquierda en dos delgadísimas lenguas, semejante á ligerísima nubecilla que lamiese la superficie del mar.

Estuve mirando unos minutos embobado, como todos, y sin saber de qué.

En torno mío prorrumpían múltiples exclamaciones.

— ¡Estamos en casa! ¡Ya llegamos finalmente!— ¡Las cuatro y veinticinco minutos!— exclamó el marsellés mirando su reló.— ¡La hora que había previsto!— ¡Ahí está la verdadera tierra del progreso!— gritó el molinero.— Al tenor no le ocurrió más que decir con aire de profunda meditación: — ¡América!— La señora gordinflona, sobreexcitada, llamaba fraternalmente cuándo á uno, cuándo á otro, por sus nombres, suplicando á todos que mirasen, que celebrasen aquel confín de tierra que quizá ella veía mucho mayor que nosotros. El único semblante que permanecía impenetrable era el del garibaldino, y al contemplarlo sentí otra vez repulsión hacia él: me parecía demasiado; era una miseria innoble el pretender que todo el universo estaba muerto porque lo estuvieran cuatro pobres ilusiones de nuestro pobre corazón.

Corrí precipitadamente á proa, donde al primer tumulto siguió un gran silencio. Todos tenían sus ojos clavados en aquella faja de tierra desnuda, donde no veían nada, inmóviles y absortos, como ante el rostro de una esfinge, á la cual quisieran arrancar el secreto de su porvenir, y como si más allá de aquella mancha rojiza apareciesen ante su vista las vastas llanuras sobre las cuales encorvarían sus frentes y dejarían sus huesos.

Pocos, muy pocos hablaban. El vapor volaba, la faja de tierra se iba levantando y alargándose. Era la costa del Uruguay. No se veía ni vegetación ni población alguna. Varios que esperaban descubrir una tierra maravillosa, parecían desencantados; decían: — ¡Pero si es lo mismo que nuestro país!

Hablaban en un corro de Garibaldi, que peleó en aquella costa. Se comprende bien que, después de tantos días de viaje, el encontrar una tierra desconocida donde aquel nombre estaba vivo como en la patria, ajigantase desmesuradamente su gloria en concepto de ellos. Una campesina joven, sentada cerca de la puerta del

dormitorio, con un niño en los brazos, lloraba, y su marido la llamaba tonta, dándole con el codo en la espalda. Pregunté á una vecina suya qué tenía. — Una manía — respondió. Como si la vista de América le hubiera persuadido de que había abandonado irrevocablemente á su patria, sintió oprimírsele el corazón y rompió á llorar. Seguí más adelante hasta llegar al castillo de proa. Tropecé con dos operarios de Turín sentados sobre la obra muerta... ¡Ah, no lo podré olvidar nunca! Sobre las aguas del Océano, frente al Nuevo Mundo y al porvenir nuevo, en aquel momento solemne discutían sobre la situación precisa de la casa de comidas de Casal Borgone: si estaba en el cruce de la calle del Depósito y de la calle del Carmen, ó en el de la calle del Carmen y la de los Cuarteles, y uno de los contendientes se enfadaba.

En general, las mujeres se mostraban más pensativas que los hombres; muchas parecían atontadas. Verdaderamente alegres, no se veía sino á los jovenzuelos, que les retozaba la alegría en el cuerpo tirándose pellizcos y dándose puntapiés. De los viejos algunos, volvían la espalda al mar, acurrucados en su rincón, en actitud de gentes que nada tienen que esperar de aquella faja de tierra roja, como no fuera morir en paz. Los dos viejos cónyuges del castillo de proa, sentados sobre sus dos toneles, dormían.

Al poco tiempo, habiendo cesado el primer efecto de la operación, como si fuera cosa convenida, estalló en la proa una alegría fuera de tono, un coro de cantos y de silbidos, y una gritería de la gente que se agolpaba en torno de la hostelería alzando los vasos y los jarrós, un bulle bulle general, que no parecía sino que en pocos minutos se hubiesen tragado bodegas enteras de vino generoso. Todos los graciosos se dieron al espectáculo. El viejo del castillo central se puso á modular los gemidos imitativos, acurrucado en medio de un círculo de gente que reía con las bocas abiertas de oreja á oreja; el campesino desnarigado ridiculizaba las caras de las mujeres aterradas por la tempestad, provocando otra tempestad de aplausos; luego bajó el saltimbanqui del castillo de proa con su tétrica faz, á hacer la rueda sobre cubierta entre dos filas de mujeres encantadas. Y en un acceso de gozo, el ex portero de la cabeza pelada, deshaciendo el famoso álbum de obscenidades, fué distribuyendo las hojas entre sus compañeros, que, esparciéndose por entre la multitud, formaron otros tantos círculos de

curiosos que se reían con grande estrépito; de suerte que al poco rato se apoderó de todos un ataque ruidoso de hilaridad pornográfica, que agitó las panzas y abrió de par en par todas las bocas, desde la cocina al matadero, produciendo un escándalo ensordecedor en que se percibían sonidos de instrumentos, versos recitados por beodos, y chillidos, entre los cuales de vez en cuando descollaba el grito prolongado y lastimero del barbero ladrando á la luna.

*
* *

El sol había descendido ya bajo el horizonte, precisamente delante de nosotros, más allá de tierra, gozando de un crepúsculo maravilloso, bello como el que más de todos los que habíamos visto en los trópicos; espectáculo frecuente en aquella parte de América, por efecto de la gran cantidad de vapores que se levantan de las aguas del Plata y de los dos ríos enormes que le forman. Estos vapores, acumulándose en lo alto cuando el aire está tranquilo, se tiñen de luz y la degradan y refringen con tal riqueza de colores, que no es posible imaginar cosa parecida. En el horizonte no se veía mas que una faja que despedía llamaradas, pero rota en mil for-

mas de catedrales de oro, de pirámides de rubíes, de torres de hierro enrojecido y de arcos triunfales de brasas vivísimas, que deshaciéndose lentamente, daban lugar á otras arquitecturas más bajas y caprichosas, que acabaron por presentar el aspecto de ruinas ardiendo de una ciudad interminable, y luego larga serie de gigantescos ojos sanguíneos que nos miraban.

Por cima de esto el cielo estaba oscuro, y en la parte baja el mar, negro. Ante este espectáculo se rehizo el silencio en la proa, y los emigrantes miraban asombrados, como si fuera un fenómeno misterioso, propio de aquel país. Llegamos á entrever algunos islotes: Lobos á la izquierda, Gorriti á la derecha, luego la isla de Flores, por fin, los faroles de los bancos de Arquímedes. Tan profundo era el silencio en la proa, que se oía con toda claridad el estrépito de la máquina. El vapor filaba como una barca por un lago.

Un emigrante exclamó: — ¡Qué hermoso mar!

— Ya no estamos en el mar, — le hizo observar un marinero, que estaba á mi lado. — Estamos en el río.

El emigrante y los demás que estaban cerca se volvieron en busca de la orilla opuesta, y no alcanzando á ver más que la línea pura del horizonte marino, se quedaron perplejos. Pero con efecto, navegábamos ya en el Plata, cuya orilla

derecha distaba de nosotros más de cien millas.

Cuando la última luz crepuscular se extinguió, vimos titilar los faroles de Montevideo, y una faja lejana y confusa de casas, iluminada vagamente aquí y allá, y un bosque de barcos, de las cuales no se veían más que las puntas de los palos. Todo el mundo sabía ya que no desembarcaríamos, y la gente estaba rendida de las emociones del día; mas todos se quedaron sobre cubierta por gozar del placer de ver parar el barco.

Efectivamente, al poco rato, el vapor comenzó á acortar la marcha y la respiración; luego, parecía como si no se moviera; y por último aquel monstruoso corazón de hierro y de fuego que hacía veintidós días latía afanosamente, dió su palpitación última y el coloso se detuvo, muerto. A un silbido que sonó desde el entrepuente, las dos áncoras enormes se desprendieron de los flancos, cayendo con gran estrépito, arrastrando con la velocidad del rayo sus grandes cadenas, que arrancaron chispas de las dos argollas; el mar hirvió por delante, se agitó el barco y de nuevo reinó silencio. Sus dos gigantescas garras habían aferrado el fondo del río.

Los emigrantes aun siguieron algunos minutos más gustando la sensación nueva de la inmovilidad y del silencio, y luego fueron descendiendo en largas filas, lentamente, á los dormi-

torios, y los pasajeros de primera, que no gustaban de las seducciones del aire, se retiraron.

*
**

Me quedé casi solo, asombrado de que después de haber hallado tantas veces el viaje insoportablemente largo, me pareciera en aquel momento tan breve y vago como un sueño, mientras recordaba tantas cosas de él.

No habiendo visto nada por el camino que me señalase las distancias en la mente, con imágenes bien claras y distintas unas de otras, todos los días se confundían en mi imaginación en uno solo, pareciéndome haber recorrido aquel espacio interminable de un vuelo. Ningún momento del viaje, como no fuera el de la tempestad, se me quedó impreso con igual fuerza que este en el alma. El río inconmesurable parecía inmóvil, como si sus aguas reposasen causadas de las dos mil millas de curso, que habían recorrido desde las montañas del Brasil; el cielo estaba oscuro y tranquilo, Montevideo dormía, en la rada ningún movimiento ni ruido, el vapor mudo; un silencio profundo pesaba sobre todas las cosas; y parecíame que veía de lejos, de los otros grandes ríos, de las interminables llanuras, de

las florestas inmensas, de las mil cimas de los Andes: el silencio misterioso y formidable de un continente adormecido.

Vino á sacarme de la meditación el capitán, que pasó á mi lado restregándose las manos —cosa inusitada,— como si dentro de su erizada cabeza de oso marino gozase ya por anticipado de la noche tranquila que había de pasar. Tentado estuve por repetirle su estribillo favorito: —*Porquerías á bordo...* Me previno él, sin embargo, preguntándome con cara seria: —¿Qué harán en casa de usted á estas horas?

—Miré el reló y respondí: — A estas horas, mi casa está á oscuras y todos duermen.

Se echó á reir. — ¡También usted ha caído! —dijo.— A estas horas está dando el sol en su casa, y los muchachos piden el café con leche.

No había pensado en ello. Pero el bueno del capitán, que estaba verdaderamente contento, me preguntó, además, si antes de embarcarme había rogado al armador que comunicase á mi familia la llegada del vapor apenas se recibiese el aviso. Le contesté que sí.

—Pues bien—añadió,— dentro de tres horas sabrá su familia que ha llegado á América con buena salud.

Tampoco en esto había pensado, y bajé, contento también yo, á dormir mi último sueño en el vientre del *Galileo*.



XXI

EN EL RÍO DE LA PLATA

DORMIR? ¡Engañosa esperanza! Como sucede siempre después de una jornada llena de agitación á la cual ha de seguir positivamente otra no menos agitada, los pasajeros no durmieron más que lo que el cansancio imponía irresistiblemente: á eso de las dos de la noche casi todos despertaron, y entre suspiros de señoras, bostezos varoniles y conversaciones en voz baja, que en el silencio que reinaba en el barco inmóvil semejaban al zumbido de tábanos, no fué posible la tranquilidad. Una hora antes del alba oyéronse pasos apresurados y la voz del médico que acudía en socorro de la señorita de Mestre, que le había dado un mareo; el esfuerzo que en el día anterior había hecho para subir al castillo y visitar por última vez la proa, habíale producido un ataque.